



Anna Ayuso

Investigadora sénior, CIDOB

El Atlántico como laboratorio de la globalización

A medida que el centro de poder y el crecimiento económico se están desplazando hacia el Sur global, la creciente interdependencia está afectando a la reconfiguración de los espacios geopolíticos tradicionales. La UE, especialmente afectada por estas transformaciones, se ha visto obligada a considerar cómo gestionar su declive y mejorar su condición de actor global.

Como consecuencia, la relación transatlántica ya no se puede leer desde una dimensión exclusivamente Norte-Norte. El incremento del comercio y la cooperación Sur-Sur, el crecimiento económico y de las inversiones y el *boom* energético en el Atlántico son rasgos suficientemente importantes como para dar una respuesta política global. Pero, además, las cuestiones de seguridad no tradicional como el tráfico de drogas y armas, así como otras actividades ilícitas están creciendo en el Atlántico. El Golfo de Guinea, por ejemplo, se está convirtiendo en el punto de acceso de los ataques piratas en el Atlántico. Asimismo, el Atlántico es testigo hoy de tensiones debidas a los crecientes esfuerzos de los estados costeros por obtener los derechos exclusivos para la gestión y explotación de los recursos.

La ausencia de una visión integrada para el Atlántico

Hoy en día, el Atlántico como espacio geopolítico no ocupa una posición central en la agenda de política exterior. La aproximación de la UE a los retos de seguridad, medio ambiente o energía al Espacio Atlántico se ve fragmentada por dos lógicas tradicionales: la Norte-Norte, con predominio de los Estados Unidos, y la Norte-Sur, con un enfoque unidireccional hacia África y América Latina. Las negociaciones del Acuerdo UE-Canadá (Acuerdo Económico y Comercial Global [AECG]) y las negociaciones en curso de la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión entre la UE y los Estados Unidos (TTIP) son los dos máximos exponentes de una aproximación Norte-Norte, a pesar de que su firma tendrá consecuencias directas para otros socios del Atlántico.

Por lo que se refiere a la seguridad, aunque en 2014 la UE adoptó una Estrategia de Seguridad Marítima abarcando los aspectos internos y externos de la seguridad marítima que pretende proporcionar un marco coherente para contribuir a la estabilidad y la seguridad en el mar, carece de una visión integrada del Espacio Atlántico.

Ampliando el Espacio Atlántico

La UE debería aceptar que el predominio del Norte en las instituciones de gobierno actuales a escala mundial y regional está siendo cuestionado. La proliferación de los intercambios en el Atlántico Sur y el surgimiento de nuevas agendas proporcionan oportunidades para identificar nuevos instrumentos y formas de cooperación política y económica.

En materia de seguridad, llegar a una comunidad panatlántica exigiría la participación progresiva de un amplio número de actores regionales, dejando de lado los temores a una cooperación ampliada y focalizándose en los riesgos que comparten la UE y el resto de actores del Atlántico. En el ámbito de la seguridad marítima, la UE, en tanto que uno de los principales operadores marítimos en la cuenca del Atlántico, tiene la responsabilidad de asumir un papel de liderazgo y cooperación con los estados del Espacio Atlántico en la lucha contra la piratería y el tráfico ilegal de drogas, armas y seres humanos.

Respecto al medio ambiente, es necesario el establecimiento de una cooperación positiva para la adaptación al cambio climático y el desarrollo de energías renovables y tecnologías de baja emisión de carbono. En materia de energía, la UE debería reorientar estratégicamente sus flujos de importación, diversificándolos con los provenientes de otras partes de la cuenca del Atlántico como África, América Latina, el Caribe y América del Norte.